

LUIS CARANDELL: *Oriente Medio tiene la palabra*. José Janés Editor.
Barcelona, 1957, 262 págs.

El papel preferente que el Oriente Medio viene desempeñando en el escenario de la política internacional apenas si se refleja en la bibliografía española. ¿Es por falta de interés nacional hacia el tema? Más bien, estimamos, es escasez de plumas capacitadas' para recoger las observaciones hechas durante un viaje o una estancia en países poco trillados y muy diversos entre sí, ordenándolas dentro de un sistema expositivo a la vez ameno y fundamentado. Es decir, sabiendo quedar a mitad de camino del puro periodismo —que es, ante todo, impresionismo— y de la erudición —que es paciente estudio—. De ahí que la obra recientemente publicada por Luis Carandell haya de llamar la atención por dos motivos. El primero, porque aparece como la única publicación de este tipo en lengua castellana. El segundo, porque es excelente.

Luis Carandell ha residido durante largo tiempo en el Oriente Medio. Y más que residido lo ha vivido y aprehendido, tanto con su inteligencia como con su sensibilidad, única manera humanista de comprender las cosas. Su obra, por tanto, es la expresión de una experiencia llevada a cabo en todo el ámbito medio-oriental y de arriba abajo de la escala social, sobre todo abajo y en medio, raro punto de observación para los viajeros generalmente preocupados de «comfort», lo cual es la forma más ramplona de viajar. Por lo demás, la pasmosa facilidad de este joven autor para aprender idiomas —conoce varios, entre ellos el árabe— es otro elemento en favor de un conocimiento directo y profundo del mundo observado. No decimos estudiado. Aunque resulta evidente que Luis Carandell edifica sobre los sólidos cimientos de un amplio conocimiento cultural, aquella palabra podría sugerir la idea que *Oriente Medio tiene la palabra* es una obra densa, sesuda, tedioso reflejo de un mundo momificado.

cuando precisamente es, ante todo y sobre todo, más que viva, rebo-
sante de vitalidad.

¿Qué dice Luis Carandell de ese Oriente Medio que «tiene la palabra» porque de él depende el futuro de Europa? Sencillamente, dice cómo es, rehuendo con finura la tentación de lo exótico y pin-
toresco. Dice también por qué es como es, siendo esta justificación
aspecto esencial de una obra donde «los hombres», muy variados en
su contextura moral y mental, en sus costumbres y sus posturas ante
la vida, aparecen ampliamente condicionadas por sus «dioses» o cre-
dos, asimismo muy variados. Por tanto, una de las características del
Oriente Medio es la variedad de países y, dentro de cada país, la
multiplicidad de tipos humanos constitutivos de pequeños mundos
cerrados en torno a una fe que los condiciona. El resultado práctico
es que estos grupos resultan invertidos entre sí, cuando no hos-
tiles, hecho éste que trasciende al plano de la política. Por ello es
preciso retorcer mucho el concepto occidental de nación para apli-
carlo en una región que es un mosaico de «naciones», entendiéndolo
por nación el haber nacido dentro de un determinado grupo reli-
gioso: el musulmán —con la división fundamental entre sunnitas
y chiítas—, el cristianismo —comprensivo de maronitas, católicos,
griegos ortodoxos, coptos, etc.—, el judío, éste sobre todo racial, pero
comprensivo de ateos y creyentes. Sin una vacilación Luis Carandell
nos conduce a través de un mundo cuya complejidad sólo se impone
al que lo conoce en su hondura, es decir, en la vida pequeña y coti-
diana, en el tranvía, el café, la posada, conversando con éste y con
aquél y viajando arrastrado por una insaciable e inteligente curio-
sidad. Y en ese recorrer el mapa humano del Oriente Medio nos
enfrenta con aspectos tan interesantes del mismo como la Herman-
dad Musulmana, la unidad y dispersión del Islam, la evangelización
del mundo árabe y las bellas y finas impresiones que suscitó en el
autor la visita a los Santos Lugares del Cristianismo.

«El río y el desierto» no sólo sintetizan para Luis Carandell el
«fenómeno de la disproporción económica de las diversas zonas que
integran el Oriente Medio», sino que evidencian hasta qué punto
las ciudades, tributarias de los ríos, expresan el carácter predomi-
nantemente ciudadano de la cultura árabe y están en oposición con
el desierto: «reside en esta enemistad, en esta separación cordial y
y física el gran problema del Oriente Medio». Partiendo de aquellos

dos hechos, el autor de esta obra nos lleva a callejear por el Cairo, Damasco, Bagdad y otras ciudades, recogiendo su ambiente, ritmos y matices diferenciales sin hacer una sola concesión al tipismo. También nomadeamos en su compañía por un desierto admirablemente descrito, y tomamos contacto con sus hijos, como recorreremos los ribazos superpoblados de los ríos, señaladamente del Nilo, cuya situación social, económica y cultural es analizada con precisión y brevedad.

Por otra parte, «puente de unión de dos grandes formas de cultura humana», el Oriente Medio es «fiel de la balanza del mapa-mundi». De ahí su importancia en la coyuntura política y económica actuales, independientemente de las cuantiosas reservas petrolíferas de su subsuelo. El canal de Suez, el ferrocarril Berlín-Bagdad, el puerto de Beirut, etc., son aspectos de la cuestión separadamente examinados por Luis Carandell en la perspectiva de «El cruce de caminos», que señala como la característica permanente de esa región del mundo desde el punto de vista geográfico, histórico, comercial, político, etc.

Seguidamente, Luis Carandell nos adentra en una circunstancia en cierto modo forzada del Oriente Medio: el Estado de Israel, país a la vez novísimo y milenario. Muy interesantes y sugestivas resultan sus observaciones sobre el fenómeno israelí, en particular con motivo de su estancia en un «kibutz». En nuestra opinión, es realmente original y acertada la conclusión a que llega en cuanto a posibilidades de entendimiento futuro de Israel con los países árabes. A su modo de ver, la distancia que actualmente los separa, y que parece insuperable, se irá menguando cuando los israelíes, procedentes de todos los puntos del globo, se fundan en una auténtica unidad nacional, lo que será un hecho al «medio orientalizarse».

Las «Notas sobre la política árabe» aparecen, sobre todo, como la proyección sobre la actualidad mundial de todos los hechos, circunstancias y fenómenos considerados a lo largo de *Oriente Medio tiene la palabra*. Sin embargo, no deja al margen ciertos acontecimientos acaecidos con anterioridad en Egipto (proclamación de la República, sustitución de Naguib por Nasser, el problema sudanés, etcétera). Fueron tantos hitos de un camino que desembocó en el neutralismo, en razón de la lógica interna de la evolución registrada en ese país y cuya culminación ha sido —al menos hasta ahora— la

cuestión del canal de Suez, aún sin resolver. La crisis de Jordania, la pugna arabo-israelí, la posible propagación del Comunismo en Oriente Medio, Libia y Arabia Saudita también retienen la inteligente atención de Luis Carandell, pero, estimamos, centrándose preferentemente en la movедiza y contradictoria actualidad. Ello, forzosamente, no le permite insertar sus criterios en un sistema claramente definido de pensamiento político sobre el Oriente Medio. Esta falta de retroceso para poder juzgar los acontecimientos de Oriente Medio de un año a esta parte, que afecta un poco los últimos capítulos de *Oriente Medio tiene la palabra*, no es achacable al autor. Sólo evidencia un afán generoso de mostrarnos esa región del mundo al día. Hemos de agradecerlo tanto más cuanto que, en definitiva, logra su propósito.

No queremos concluir sin señalar que Luis Carandell, aparte de tener vocación irrefrenable de viajero, es un magnífico escritor, elegante y sobrio, cuyo estilo, a la vez vigoroso y flexible, sugestivo, es el adecuado instrumento de expresión de una mente clara y aguda.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

TIBOR MENDE: *Conversaciones con Nehru* (traducción castellana).
Ediciones del Pacífico, S. A., Santiago de Chile, 1956.

Conversaciones con Nehru es la transcripción exacta y sencilla (recogidas en cinta magnetofónica) de cuatro largas conversaciones que se celebraron desde el 31 de diciembre de 1955 al 9 de enero de 1956, entre el primer ministro indio y el periodista inglés Tibor Mende.

Tibor Mende es, asimismo, el autor del libro *La India ante la tormenta*, información notablemente documentada y bastante severa acerca de la sociedad india contemporánea. Se hallaba, pues, bien preparado para afrontar al primer ministro indio.

Sin embargo, *Conversaciones con Nehru* es un libro que, a mi parecer, engañará al lector. Tibor Mende había preparado con cuidado los temas de la conversación. El primero, sobre la evolución personal de Nehru (especialmente la influencia de las ideas socialistas y la influencia de Gandhi); el segundo, sobre las relaciones.

del Oriente y del Occidente; el tercero, sobre el problema de la neutralidad entre Norteamérica y la U. R. S. S., y el cuarto, sobre la situación interior y exterior de la India. Pero esos asuntos precisos —inventados por un espíritu europeo— diríase que casi se han disuelto al contacto con el espíritu, en nuestra opinión esquemático, del asiático Nehru. No queremos decir que Nehru esquivase las cuestiones; por el contrario, demuestra una buena voluntad, singular para un hombre de Estado, al afrontar las más delicadas y las más peligrosas, pero las aborda con una honradez intelectual que las priva de su interés. En efecto, para que una conversación sea interesante es menester exista, de una parte y otra, un mínimo de mala fe; es preciso dar a entender que el planteamiento —forzosamente intelectual y retórico— de las preguntas refleja la importancia de los problemas de la realidad... no planteados. Frente a esas cuestiones que se consideran de gran importancia por las realidades que contienen en sí, es preciso aparentar que se tiene una opinión, que también suele ser suficientemente vulgar para que se transparente. Ahora bien, en su conversación con Tibor Mende, Nehru es de una *estúpida* ingenuidad... Parece que toma enteramente en serio las cuestiones que, en resumen, se le plantean y que realmente sólo tienen un valor periodístico... Y en lugar de responder lo que se espera de un hombre que en su lugar pudiera contestar, trata de explicar lo que él piensa verdaderamente, y, como es un hombre muy inteligente... lo que piensa en verdad es que no lo sabe.

Tibor Mende, por ejemplo, le pregunta si la revolución asiática a la cual asistimos actualmente va a destruir completamente las tradiciones orientales o si, una vez que haya pasado el rulo nivelador, las antiguas culturas del Asia levantarán de nuevo la cabeza. Un espíritu más superficial o menos honrado (es lo mismo) habría respondido bien, con el optimismo oficial, que la revolución asiática no era más que un episodio en las civilizaciones, como se habían visto muchas otras, o bien (con el radicalismo de un planificador) que la tradición no tenía ninguna importancia. Pero Nehru respondió:

«Eso es difícil de contestar. Naturalmente, es muy difícil de contestar en forma general, en términos generales. Las condiciones varían en las diferentes naciones, y no podría aventurarme a decir lo que puede ocurrir en uno u otro país.

En lo que digo, me refiero solamente a la India. Aun en eso, ten-

dré que ser un tanto vago... Siempre hay una especie de conflicto. Hay dos fuerzas en acción: la tendencia a la evolución, y la otra, más bien conservadora, la tendencia a la continuidad. Ambas se hallan siempre en acción en todos los países...»

Las respuestas de Nehru están, pues, llenas de «yo no sé...», «yo no creo...», «en parte, sin duda...», «es difícil de afirmar», salidas por supuesto correctas para decir que considera vanas las cuestiones de su interlocutor.

O si, por sorpresa, Nehru se extralimita hasta hacer profesión de una tesis, en cuanto Tíbor Mende lo apremia un poco, reconoce fácilmente los argumentos de la antítesis y vuelve en seguida a la indivisión del problema. Dicho de otro modo, Nehru no se solidariza o acaso muy poco con una opinión que él ha enunciado (como casi siempre suele hacerlo un occidental); él no siente que un pensamiento es suyo, y, por consiguiente, que es bueno, porque lo haya pensado... Todo eso, evidentemente, no puede hacer que un libro resulte interesante. Es como una obra teatral en la que uno de los actores no aceptara su papel y se negara a recitar sus parlamentos y a ejecutar sus muecas o gestos... Sin embargo, y al propio tiempo, para el que sabe dominar esta decepción, es un documento singularmente instructivo acerca de la mentalidad occidental y la mentalidad oriental, una y otra representadas por hombres inteligentes y honrados. El occidental trata de resolver todos los problemas en cuestiones claras a las cuales pueda responder *sí* o *no*. El oriental no sólo se niega a responder *sí* o *no*, sino que incluso no quiere aceptar la alternativa, haciendo lo cual conserva el problema intacto en su espíritu. El occidental ama las ideas, le gusta agitar las ideas; el oriental más bien desconfía de ellas. En todo caso, se niega a jugar con ellas y a discutir por discutir..., haciendo lo cual conserva lo serio de la realidad. El occidental, en virtud de que piensa en ideas bien claras y de configuración exacta, choca con las ideas—no menos claras y no menos firmes—de su vecino, de tal modo que la vida intelectual es una larga polémica; el oriental es más dúctil o menos seguro, le repugna encerrar su pensamiento en un sistema, y, por tanto, como no cree en los sistemas, choca menos con los sistemas de sus vecinos y se siente menos inclinado a la intolerancia.

Así, mientras que un occidental que lea *Conversaciones con Nehru* se siente con seguridad decepcionado (porque él, en el puesto de

Nehru, respondería, argumentaría...) un oriental como yo comprendo muy bien —por haber conocido numerosas experiencias análogas— la actitud del Ministro indio frente a su interlocutor. Nehru no trata de esquivar las cuestiones..., porque las cuestiones que le plantean no existen para él... Para responder, necesitaría forzar su espíritu, lo que equivaldría a falsearlo.

Lo que, en sus respuestas, el lector occidental toma por reticencias, escapatorias o vacilaciones (¡reveladoras de segundas intenciones tenebrosas!) no son, en realidad, por parte de Nehru, más que la dificultad de situarse en un plano de pensamiento que no es en manera alguna el suyo. Lo que un occidental toma en Nehru por una *ideología* diferente de la suya no es otra cosa que una *lógica* diferente. A mi juicio, nunca se insistirá bastante en ese particular, puesto que la mayor parte de las incomprensiones actuales entre la India y el Occidente obedecen a esta confusión. Tibor Mende plantea de modo evidente a Nehru la famosa cuestión del neutralismo indio entre la ideología capitalista y la ideología comunista..., y Nehru se rebela:

«Seguramente no hay justificación para decir que sólo puede haber dos ideologías en el mundo: una, representada al presente, digamos, por la Rusia comunista, y la otra, por algunos países occidentales.

Esta es una limitación demasiado grande del poder de pensamiento o de acción. Es verdad que esas ideologías están en cierta forma dominando el mundo actual y chocando entre sí. Esto se debe en parte a que tras ellas hay enormes potencias militares y económicas. No es la ideología la que domina, sino el poder que la sostiene.»

Ahí está el fondo del problema del *neutralismo* de Nehru. Con frecuencia se ha censurado a Nehru en Occidente por ser comunista o filocomunista. Eso es completamente ridículo, pues basta leer algunas páginas de Nehru u hojear la historia de su vida para enterarse sobre ese particular. Mas tampoco aceptará nunca Nehru decir que es *anticomunista*. Es otra cosa. No se considera tampoco *entre* el comunismo y el capitalismo, más o menos cerca de éste o de aquél. Está fuera de ambos, en uno de esos innumerables planos del pensamiento y de la acción posibles para el hombre. Si se admite la frase, diré que Nehru no es más comunistoide que el senador MacCarthy... La diferencia está en que él se niega a situarse en términos de comunismo o de no comunismo. Repito que eso no es una cuestión de modo de

pensar. El gran tema gandhista de la *no-violencia* se enlaza directamente con este modo de pensamiento... Cuando no se piensa en *oposición a*, sino en *contrario de*, corre uno menos riesgo de querrellarse. Eso no quiere decir que se ceda. La historia de los nacionalismos indios o la historia de Nehru no es la historia de gentes que ceden con facilidad, puesto que han sido los vencedores sin que los otros —los ingleses— hayan sido vencidos y sin que ellos mismos hayan perdido, en los excesos de la acción terrorista o del pensamiento polémico, las razones fundamentales de su esfuerzo. No pretendo afirmar aquí que Nehru tenga razón o culpa. Digo solamente que ese es su pensamiento y que difiere considerablemente del que se le atribuye generalmente en Occidente.

MARSI PARIBATRA

GERMAINE TILLION: *L'Algérie en 1957*. Les Editions de Minuit. París, 1957, 121 págs.

Muchos son los puntos de vista desde los que se viene considerando el problema argelino. *L'Algérie en 1957* nos brinda el de una etnóloga con tendencia a poner cátedra de socióloga y que, además, hace amplias referencias a su condición de antigua «resistente» y deportada en un campo de concentración alemán. Es decir, que esta obra está destinada a gozar de un doble prejuicio favorable en beneficio de la bien conocida tesis francesa respecto a Argelia: el científico y el político. ¿Logra la meta perseguida cerca del lector interesado por el problema de Argelia? Personalmente no lo creemos, por poco avisado que sea ese lector. En efecto, en *L'Algérie en 1957* la autora «filosofa», muy científicamente si se quiere, en torno a este problema, pero, de hecho, soslaya todos sus elementos específicos, aquellos cuyo conjunto constituye precisamente el meollo de la espinosa y trágica cuestión. En cambio, hace hincapié en aspectos derivados de esa cuestión —señaladamente en la emigración hacia Francia, que es consecuencia del sistema colonialista aplicado en Argelia—, presentando hábilmente el efecto cual si pudiera ser punto de partida para justificaciones de presente y futuro. Dicho en otros términos, la brillantez e ingenio de las ideas expuestas en esta obra arropan mal la pobreza

de los argumentos tendentes a remozar una tesis que no se apoya en la realidad argelina, aunque su autora se instale, cual si fuera fortaleza inexpugnable, en una interpretación personal de la sociología y la economía.

Para Mme. Tillion, Argelia es «inmensa, pero pobre y muy desigualmente evolucionada». Allí conviven ocho millones de «indígenas» y más de un millón de llamados «colonos», que constituyen la «infraestructura económica de un país que no sobreviviría a su pérdida». De esta población, «un tercio vive en una economía de tipo europeo y dos tercios en una economía de tipo africano». Esta coexistencia de una economía de tipo industrial o adaptada y de otra de tipo arcaico o inadaptado es característica de los países coloniales, señalamos. Mas para Mme. Tillion la cuestión no reside aquí; está en que Francia tuvo «la suerte» de adaptarse a la evolución económica mundial, en tanto que esa su «parte integrante» no lo tuvo. ¡Como si los pueblos evolucionaran o no por buena o mala suerte! Pero analizar el porqué de la no evolución de Argelia frente a la evolución de Francia no es objetivo de esta obra, que sienta la afirmación y pasa de largo buscando fórmulas de futuro sobre la base de la disparidad de civilizaciones o economías, evidente en el caso de Argelia y Francia. De ahí que Mme. Tillion, después de desarrollar la perogrullada de que civilizaciones o economías distintas producen tipos distintos de natalidad y productividad, sienta que los problemas de los países de economía arcaica «para ser resueltos, exigen una verdadera mutación social». Esta mutación requiere, dice doctamente, «una elevación rápida, general y masiva, a la vez de los recursos y de la instrucción», que necesita inversiones de tal cuantía que una Argelia desprendida de Francia no podría ni soñar con ellas. A la vista de las cifras que aduce Mme. Tillion, cabe preguntarse hasta qué punto la propia Francia está en condiciones de realizarlas, aunque no sea precisamente esto lo que quiera sugerir al exponer cifras y razonar las dificultades por vencer para llevar a Argelia a una economía moderna, sacándola de esa economía de «mitad del vado», que es la actual en su opinión. Mala fórmula, ciertamente, admite Mme. Tillion, pero ¡cuánto peor el derrumbamiento de esa economía!

Considerando esa economía de «mitad del vado», la autora de *L'Algérie en 1957* hace hincapié en el hecho de la emigración de 400.000 argelinos a Francia. Con su trabajo y sus envíos mantienen

en vida a unos dos millones de argelinos residentes en su país. Es decir, que esta emigración que tiene facilidades para trabajar en Francia —jurídicamente los argelinos son franceses— es uno de los puntales de un sistema que, aunque malo, podría ser peor. En efecto, desligada de Francia, la emigración perdería los medios de ganar su vida y la de sus familiares, puesto que esa mano de obra extranjera podría ser sustituida por otra. De «la mitad del vado», Argelia sufriría entonces un retroceso «que es, ante todo, económico, luego social, luego biológico». Como puede apreciar el lector, el porvenir reservado a una Argelia independiente, pero obligada a reabsorber sus 400.000 emigrantes, aunque fueran éstos a ocupar los puestos dejados vacantes por los colonos que regresaran a Francia, es absolutamente desconsolador. Cuando se piensa que los vaticinios de Mme. Tillion se hacen sobre una base científica, sólo resta implorar a Francia para que se mantenga firme en su voluntad de «pacificar» a esa «tierra francesa».

Habida cuenta de las dificultades, cuya exposición no se ha escatimado, por cierto, para hacer pasar a Argelia de su etapa de economía arcaica a la de economía moderna, se impone —ateniéndonos al texto de la obra que nos ocupa— que la fórmula más acertada es dejar a Francia el cuidado de rematar la tarea de lento vadear que viene realizando. Para llevarla a cabo, de acuerdo con los imperativos de la hora, Mme. Tillion aboga en favor de una serie de medidas, ninguna de ellas revolucionarias: reformas, creación de «tribus-municipios», tomando modelo del sistema cantonal suizo; conservación, merced a la vinculación a Francia, del «privilegio exclusivo» de que gozan los proletarios argelinos en el mercado del trabajo francés (por cierto no poco necesitado de esa mano de obra de peones), pues no hay que olvidar la importancia trascendental que en esta obra tienen los 400.000 argelinos que trabajan en Francia; escolarización, reforma agrícola racional, etc. Resumen: el interés de Argelia es llegar a un acuerdo con Francia, es decir, en lenguaje vulgar y descendiendo del plano científico, en el que Mme. Tillion se pasea no sin desparpajo, renunciar a la autonomía y más aún a la independencia, limitándose a echarle un remiendo a las viejas fórmulas.

F. C.

NOTICIA DE LIBROS

